

CAPÍTULO XVII. *De los dioses que adoraban los indios de la Isla Española y todos los de las islas comarcanas y otras provincias*



AS GENTES DE LA ISLA ESPAÑOLA Y CUBA, y la de San Juan de Puerto Rico y Jamaica, y todas las islas de los Lucayos y comúnmente en todas las demás que están cuasi en renglera, desde cerca de la tierra firme (que se dice la Florida) hasta la punta de Paria, que es en la tierra firme, comenzando del poniente al oriente, bien por más de quinientas leguas de mar y también por la costa del mismo mar, las gentes de la tierra firme por aquella ribera de Paria y todo lo que hay de allí abajo hasta Veragua, cuasi era toda una manera de religión y poca o casi ninguna, aunque tenían alguna especie de idolatría; pero no tenían templos sumptuosos, aunque tenían (como ya dijimos en otra parte) algunas casas de poca consideración y pajizas, al modo de las otras comunes en que los otros moradores de la tierra vivían; pero diferenciábanse de esotras en estar algo apartadas de ellas. Sus ídolos eran pocos y estos pocos no los tenían para adorar por dioses, sino por persuasión que les hacían ciertos sacerdotes (con los cuales hablaban los demonios por boca de aquellos ídolos) de que por ellos les venía todo bien, como era darles hijos, enviarles agua para sus sembrados y otras cosas útiles y a éstas semejantes.

No hacían ceremonias exteriores sensibles, sino muy pocas, y éstas ejercitaban por aquellos sacerdotes que el mismo demonio ponía por ministros, engañados con ciertas ceremonias que fingían; y toda su religión parece que principalmente era imaginaria, con la estimación de un solo Dios, y en su misma mente obraban su culto, puesto que con los engaños y persuasiones de el demonio y sus ministros, y careciendo juntamente de doctrina y gracia, mezclaron con aquella adoración mental algunos falsos y detestables errores. Porque aunque es verdad que se conoció en ellos este conocimiento de un verdadero y solo Dios, el cual era inmortal e invisible, y que no tuvo principio, cuya habitación y morada eran los cielos, con todo mezclaron a este verdadero conocimiento los errores de creer que Dios, en cuanto Dios, tenía madre, cuyo nombre era Atabex y un hermano suyo Guaca y otros de esta manera; en los cuales errores incurrieron como gente sin guía, antes para no acertar y para errar más frecuentemente había quien de la verdad los desviase, ofuscándoles la lumbre de la razón natural que pudiera guiarlos.

Tenían ciertas estatuas de madera (según escribió el almirante don Cristóbal Colón a los reyes de Castilla) donde metían los huesos de sus padres y éstos debían de ser los de los reyes y señores; y estas estatuas huecas llamaban del nombre de aquellos cuyos huesos en sí tenían. De éstas cuenta este embuste, por ventura inventado por arte diabólica y ejercitado por hombres embusteros que lo usaban, el cual es, que como eran las dichas

estatuas y figuras huecas, metíase en ellas un hombre y fingía hablar en persona de aquel señor, cuya imagen y simulacro representaba, persuadiendo con sus palabras ser aquella sentencia del dicho señor difunto, a las cuales daban crédito los del común de la república y populares. Y dice más, que acaeció entrar dos españoles en una casa donde había una de estas estatuas, la cual dio un grito y dijo ciertas palabras, que por ventura debió de ser por atemorizar a los nuestros que dentro estaban; pero como los españoles no fácilmente se asombran de gritos de fantasmas fingidas, antes acometen y aguardan a las verdaderas, ni son tan simples que no cayesen muy presto en el engaño, llegóse a ella uno de ellos y dándole de el pie, la derribó y descubrió el secreto que dentro estaba. Este modo de embuste usaban de esta manera, que dentro de la casa que tenían por templo, y a un rincón de ella, había un hoyo y cierto espacio de lugar cubierto de ramas donde se metía y encubría la persona que hablaba; y ésta tenía una trompa, o cerbatana, que metía por lo hueco de la estatua y hablando por ella parecía en realidad de verdad que la misma estatua hablaba.

Dice más el almirante, que trabajó por saber si las gentes de esta isla tenían alguna seta que oliese a clara idolatría y que no la había podido comprender, habiendo puesto sumo cuidado por sí y por otro ermitaño, llamado fray Ramón, a quien tuvo algún tiempo entre los indios para enterarse en su intento y saber lo que deseaba y pretendía; y lo que más pudo alcanzar este dicho fray Ramón, fue que tenían algunos ídolos o estatuas de las referidas, que generalmente las llamaban cemi, de las cuales creían sus adoradores que recibían el agua, las mieses, los hijos y todas las demás cosas para la vida necesarias. Estas estatuas algunas eran de madera, otras de piedra y de otras materias.

CAPÍTULO XVIII. *Cómo erigían sus dioses estas gentes de estas islas; y cómo ha sido costumbre antigua del demonio hablar y darse a conocer en árboles y otras plantas a los hombres*



EL ORDEN QUE ESTOS NATURALES ISLEÑOS tenían para levantar y erigir nuevamente un dios y hablando más propiamente la astucia que el demonio tenía para introducir alguna nueva imagen en su pueblo, era ésta (según los mismos indios dicen):<sup>1</sup> que cuando algún indio iba camino, si acaso veía algún árbol, que con el viento se movía más que los otros, del cual movimiento el indio cobraba miedo, llegábase al árbol que se lo había causado y preguntábale quién era o qué quería. Y luego el demonio, que parecía hablar en el árbol, le respondía, llámame aquí a un *bohí-que* (que era sacerdote o sátrapa y hechicero) y él te dirá quien soy. Iba el indio luego por el dicho bohíque, y puesto con recato junto al árbol, y

<sup>1</sup> V. *infra* cap. 26.